

ocurrido en las determinaciones de Napoleón. En Lorient, Nantes y Rochefort, había fragatas dispuestas á dar la vela así que se supiese de seguro que Ganteaume no debía ya hacerlo, y tenían éstas encargo de llevar á Villeneuve la orden de volver inmediatamente á Europa para realizar el nuevo proyecto. A cada fragata debía acompañar un bergantín provisto de la misma orden duplicada, para que si la fragata era apresada pudiese el bergantín transmitirla. Iban los despachos en cajas de plomo, entregadas á capitanes de toda confianza que tenían instrucción de arrojarlas al mar en caso de peligro. Estas precauciones, y otras que referimos, son dignas de mención para enseñanza de los gobiernos.

Para que las escuadras de Brest y del Ferrol pudiesen auxiliar á las que iban á libertarlas del bloqueo, se tomaron muy grandes precauciones. Ganteaume debía fondear fuera de la rada de Brest, en la ensenada de Bertheaume, paraje sin defensa y de seguridad muy dudosa. Para compensar esta desventaja, se envió de París un general de artillería que dispuso en batería ciento cincuenta bocas de fuego que apoyasen la escuadra. Gourdon, que substituía en el Ferrol al almirante Boudet, que había caído enfermo, tenía orden de pasar del Ferrol á la Coruña, cuyo fondeadero era accesible, y de llevar allí la división francesa. Otro tanto se le mandó hacer al almirante Grandellana con los navíos españoles. Solicitáronse de la corte de España precauciones semejantes á las que se habían tomado en Bertheaume con objeto de asegurar el anclaje con otras baterías. Finalmente, para ocurrir al caso en que los navíos encargados de hacer levantar el bloqueo hubiesen consumido sus víveres, se habían preparado en el Ferrol, en Rochefort, en Brest, en Cherbourg y en Boloña, varios millones en raciones de galleta en barriles, que se podían introducir á bordo sin perder un instante. En Rochefort había una orden para el almirante Missiessy, caso de volver éste á aquel punto. Mandábasele en ella volver á zarpar inmediatamente, ir á almar á Irlanda presentándose á su vista por unos cuantos días, y luego cruzar á cierta distancia del Ferrol en una latitud determinada, donde debía reunirse el almirante Villeneuve advertido por una fragata.

Mientras se tomaban estas precauciones para el ejército de mar, se procuraba con solicitud secreta y continua aumentar la fuerza efectiva de los batallones del ejército de tierra, destinados á las costas del Océano. Las tropas de la expedición ascendían á la sazón á ciento sesenta mil hombres, sin contar el cuerpo de Brest que acababa de ser disuelto despues del nuevo destino dado á la escuadra de Ganteaume. El almirante Verhuell con la escuadra bátava había recibido orden de reunirse en Ambletusa para que pudiese la expedición entera zarpar de los cuatro puertos dependientes de Boloña. Estos puertos de formación artificial, se habían cegado con las arenas de la marea durante los dos años que habían estado abiertos, y fué preciso hacer nuevos trabajos para limpiarlos. Se repararon además las naves de la escuadrilla, un tanto deterioradas de resultados de sus salidas continuas y de un anclaje inseguro en toda la longitud de la línea acoderada.

Al mismo tiempo que daba esta multitud de órdenes, continuaba Napoleón su viaje por Italia. Visitó á Bér-

gamo, Verona y Mantua; asistió á un simulacro de la batalla de Castiglione, hecho por un cuerpo de veinticinco mil hombres en el mismo terreno donde tuvo lugar aquella jornada; habitó unos cuantos días en Boloña, granjeándose á los sabios de su célebre Universidad, y atravesó despues por Módena, Parma y Placencia, y finalmente por la suntuosa Génova, que había ganado de una plumada. Desde el 30 de junio hasta el 7 de julio lo pasó entre festejos dignos de la ciudad marmórea, y superiores en magnificencia á cuanto habían concebido los mismos italianos para recibirle. Allí fué donde encontró al cardenal Maury, personaje ilustre, cansado de un destierro que se había prolongado por espacio de doce años, y de una oposición que ya no justificaba sus deberes religiosos. Acababa el papa de darle un ejemplo que por fin se decidió á imitar, y tomó el partido de adherirse al restaurador de los altares. La ocasión de recobrar el favor perdido se le ofreció en Génova. A la manera de aquellos partidarios de Pompeyo que iban unos tras otros haciéndose los encontrados con César en las ciudades del imperio romano para entregarse voluntariamente á sus seducciones, del mismo modo se prosternó Maury ante el nuevo César en la ciudad de Génova; fué acogido por Napoleón con la cortesía propia de un hombre de genio que desea granjearse á un hombre de talento, y se le dió á entender que su regreso á Francia sería recompensado con las más altas dignidades de la Iglesia.

Despues de haber recibido el juramento de los genoveses, preparado con el ingeniero Forfait el futuro establecimiento naval que se proponía fundar en aquella mar, y confiado al architesorero Lebrún el cuidado de organizar la administración de aquella nueva parte del imperio, salió Napoleón para Turín, donde aparentó andar exclusivamente ocupado en pasar revistas, y el 8 de julio por la noche, dejando á la emperatriz en Italia, emprendió su marcha con dos sillas de posta azaz humildes; tomó en su viaje el nombre del ministro de lo Interior, y llegó á Fontainebleau en ochenta horas, haciendo allí su entrada el día 11 por la mañana. Esperábase el archicanciller Cambaceres y los ministros, con objeto de recibir sus últimas órdenes. Iba á emprender una expedición de resultados de la cual, ó vendría á ser el dueño absoluto del mundo, ó cual nuevo Faraón, quedaría sepultado en los abismos del Océano. Jamás se le había visto más tranquilo, ni más dispuesto y confiado. Pero á los más grandes genios no les basta el querer; su voluntad, por poderosa que sea, como voluntad de hombre casi no es más que un capricho sin fuerza cuando la Providencia se le opone. ¡Ejemplo memorable el de Napoleón!; mientras éste se estaba preparando para un encuentro con la Europa armada, entre Douvres y Boloña, la Providencia le disponía este mismo encuentro en muy distinto lugar!

El emperador Alejandro había demorado la ratificación del tratado que constituía la nueva coalición hasta que la Inglaterra consintiese en la evacuación de Malta. Seguro de obtener una respuesta favorable, había solicitado los pasaportes de Mr. de Nowosiltzoff con objeto de ponerse lo más pronto posible en relaciones con Napoleón. El emperador Alejandro, menos belicoso cuanto más se aproximaba el desenlace, había tenido esperanza de aumentar con esta prontitud las probabi-

lidades de la paz. Pero había juzgado mal al gabinete de Londres: éste, resuelto á conservar una posición capital que el acaso de los acontecimientos y un acto de mala fe le habían dado, se había negado explícitamente á abandonar la isla de Malta. Llegó esta noticia á San Petersburgo, mientras Mr. de Nowosiltzoff se hallaba en Berlín, y se apoderó del gabinete ruso una turbación indecible. ¿Qué hacer en aquel apuro? Pasar por lo que Inglaterra quería, sufrir las exigencias de su intratable ambición, era á los ojos de la Europa aceptar el papel más secundario, y renunciar á la negociación de Mr. de Nowosiltzoff, porque se le haría á éste salir de París el día mismo de su llegada, y de una manera quizás humillante, si no llevaba consigo la promesa formal de la evacuación de Malta. Era pues esto como empeñarse en una guerra inmediata por causa de la Inglaterra, á su cuenta y riesgo, y sabiéndolo la Europa. Por el contrario, romper con ella por semejante repulsa, era confesar públicamente que se seguía su política sin comprenderla, era hacer buena la causa de Napoleón á la faz del mundo, y colocarse en un aislamiento ridículo, enemistándose con la Inglaterra por sus exigencias, y con la Francia por actos de impremeditación. Esquivando el entregarse á merced de la Inglaterra, se entregaba la Rusia á merced de Napoleón, el cual quedaría árbitro de las condiciones de la reconciliación con la Francia.

Si con el error que cometió de reunir á Génova con la Francia no hubiera Napoleón auxiliado al gabinete ruso (1), indudablemente hubiera visto á sus enemigos sumidos en la mayor confusión. En efecto, el gabinete ruso estaba ocupado en deliberar sobre esta grave situación cuando llegó á su noticia la reunión de Génova. Este suceso imprevisto causó un verdadero júbilo, porque sacó de su apuro á muchos hombres de Estado imprudentemente comprometidos. Se resolvió hacer sonar mucho y divulgar por todas partes que ya no era posible tener tratos con un gobierno que cada día cometía nuevas usurpaciones. Fué este un pretexto muy natural para mandar á Mr. de Nowosiltzoff que se retirase de Berlín, é inmediatamente se le dió orden de regresar á San Petersburgo, dejando una nota al rey de Prusia en que se explicaba este cambio de determinación. Se creyó que no había necesidad de insistir con la Inglaterra sobre lo relativo á Malta, y se ratificó el tratado que constituía la tercera coalición, alegando las recientes usurpaciones del emperador de los franceses.

Mr. de Nowosiltzoff se hallaba en Berlín, donde había llegado por fin el rey de Prusia. Sorprendióle la orden de su llamamiento, y le entristeció profundamente por la ocasión que perdía de emprender una de las más brillantes negociaciones. No disfrizó su descontento ni con el mismo rey, le enteró de la disposición en que personalmente estaba de intentarlo todo para ganarse al emperador Napoleón, si hubiera ido á París, y hasta de las mismas concesiones que en nombre de su corte hubiera firmado. Esta fué una razón más para el rey de Prusia para deplorar el nuevo impulso á que Napoleón había cedido, y para renovar sus quejas, cariñosas como de costumbre, pero también

(1) Esta situación apurada del gabinete ruso consta por varios documentos auténticos (N. del A.)

llenas de melancolía; porque cada nuevo síntoma de una guerra ya por tantos caminos anunciada, le afectaba profundamente.

El efecto fué todavía más decisivo en Viena. La reunión de Génova sacaba de repente á esta corte, no precisamente del apuro en que podía haberla puesto una conducta ligera, sino por el contrario, de las prolijas vacilaciones de la prudencia. Claramente se veía hacía mucho tiempo que Napoleón deseaba apoderarse de la Italia entera, y no era posible resignarse á entregársela sin luchar por última vez con el ardimiento de la desesperación. Pero la hacienda austriaca se hallaba en un estado deplorable; una espantosa carestía de granos afligía al Austria superior é inferior, á la Bohemia, á la Moravia y á la Hungría. El pan en Viena estaba tan caro, que el pueblo, ordinariamente pacífico y sumiso, andaba revuelto hasta el punto de entrar á saco algunas panaderías. En semejante situación, aun se hubiera titubeado mucho tiempo antes de aventurarse á los dispendios de una tercera lucha con un adversario tan formidable como Napoleón, pero al saberse la reunión de Génova y la creación del ducado de Luca, al punto cesaron todas las incertidumbres. Adoptóse inmediatamente la resolución de combatir; enviáronse despachos á San Petersburgo para anunciar esta resolución definitiva, y la noticia colmó de júbilo al gabinete ruso, el cual viéndose arrastrado á la guerra, contemplaba el concurso del Austria como el más feliz de los acontecimientos.

La adhesión de esta corte al tratado de coalición se firmó sin levantar mano. Encargóse la Rusia de negociar con la Inglaterra el proporcionar al Austria la mayor suma posible de subsidios. Pidiéronse, para sufragar los primeros gastos de entrada en campaña, un millón de libras esterlinas (cien millones de reales), y además la entrega instantánea de la mitad del subsidio anual, es decir, de otros dos millones de esterlinas (doscientos millones de reales). El plan de campaña, discutido entre Mr. de Vintzingerode y el príncipe de Schwartzemberg, quedó decidido el 16 de julio. Convínose en que diez mil rusos y unos cuantos miles de albaneses, enviados á Nápoles en tiempo y lugar oportuno, preparasen en este punto un movimiento hacia la baja Italia, mientras cien mil austriacos marchasen sobre la Lombardia; que el grande ejército austriaco, sostenido por un ejército ruso de sesenta mil hombres por lo menos, entrando por la Galitzia, operase en la Baviera; que un ejército de ochenta mil rusos se adelantase hacia la Prusia; que otro ejército ruso, inglés, hannoveriano y sueco, reunido en la Pomerania sueca, se dirigiese sobre el Hannóver, y que finalmente los rusos apostasen reservas considerables para llevarlas adonde fuera menester. Los ingleses debían verificar desembarcos en los puntos del imperio francés que se creyesen más accesibles, así que la distracción de que Napoleón estaba amagado hubiese producido la disolución del ejército de las costas del Océano. Decidióse que las tropas destinadas á acorrer al Austria estarían dispuestas á emprender su marcha antes del otoño del año presente, con objeto de impedir que Napoleón se aprovechase del invierno para aniquilar al ejército austriaco.

Convínose además en que la corte de Viena, conti-

nuando su sistema de profundo disimulo, persistiese en negar los armamentos que hacía, activándolos más que nunca; y que después, cuando no pudiera ya ocultarlos, hablase de negociación, y volviese á entablar, en su nombre y en el de la Rusia, las negociaciones abandonadas por Mr. de Nowosiltzoff. Debía aún continuarse desaprobando todo vínculo con la Inglaterra, y aparentar que se negociaba sólo para el continente. Caracterizaba toda esta conducta la falsedad habitual de la impotencia.

La Prusia experimentaba las más crueles ansiedades. Presentía, sin adivinarla enteramente, aquella resolución de hacer la guerra, y esquivaba todo compromiso diciendo á la Rusia que estaba demasiado expuesta á los desmanes de Napoleón, y á éste, que le reiteraba sus ofertas de alianza, que estaba demasiado expuesta á los desmanes de la Rusia.

Había vuelto á San Petersburgo Mr. de Zastrow después de una misión desagradable y que no produjo el menor resultado. Una circunstancia imprevista puso á la coalición á pique de quedar repentinamente descubierta, y á la Prusia en la precisión de declararse. Desde que cierto tratado de subsidios, celebrado entre los ingleses y la Suecia, había asegurado á la coalición el auxilio del delirante monarca de esta nación, el Stralsund se iba llenando todos los días de tropas. Sabido es que esta importante plaza era el último escalón de la Suecia en el Norte de Alemania. Napoleón había conocido, por ciertos informes de los agentes diplomáticos, que hacia aquella parte se estaba disponiendo algo, y se lo había advertido al rey de Prusia, amonestándole á recelar de aquella neutralidad del Norte de la Alemania, objeto de toda su solicitud, y avisándole que por su parte al primer indicio de peligro enviaría treinta mil hombres más al Hannover. Estas pocas palabras bastaron para mover al rey de Prusia, quien ya había reclamado del de Suecia que dejase de hacer armamentos en la Pomerania sueca. El rey de Suecia reconociendo que no se hallaba aislado, contestó al rey de Prusia que en su casa no había más dueño que él; que hacía los armamentos que juzgaba conducentes á su seguridad, y que si la Prusia trataba de coartar su libertad, él contaba con sus aliados el rey de Inglaterra y el emperador de Rusia para que le ayudasen á hacer respetar la independencia de sus Estados. No limitó á esto sus provocaciones, pues devolvió al rey Federico Guillermo las condecoraciones de la Prusia, diciéndole que había resuelto no volverlas á llevar desde que este monarca se las había dado al más encarnizado enemigo de la Europa.

Este ultraje ofendió profundamente á Federico Guillermo, el cual, á pesar de su mucha prudencia, se hubiera vengado de él á no haber mediado inmediatamente la Rusia, declarando á la Prusia que el territorio de la Pomerania sueca estaba bajo su protección y debía permanecer inviolable. Esta especie de entredicho, notificado á la Prusia, le dió mucho en qué pensar y la humilló de la manera más cruel. Tomó el partido de no replicar, limitándose á despachar al ministro de Suecia, é hizo saber á Napoleón que no podía responder de los sucesos que ocurriesen en el Hannover, pero que sin embargo ella respondía de que el territorio prusiano no daría paso á ningún ejército invasor.

Obscureciase pues el horizonte por todas partes, y de una manera asaz visible hasta para los menos perspicaces. En todas partes se hablaba de reconcentración de fuerzas en el Friül, en el Tirol y en el Austria superior. No se hablaba solamente de meras aglomeraciones de tropas, sino también de la organización de ejércitos especiales, lo cual era mucho más significativo. La caballería que se remontaba, la artillería que se proveía de caballos y numerosos trenes se encaminaba hacia las orillas del Adige; los considerables almacenes que por todas partes se formaban, los puentes que se construían sobre el Piave y el Tagliamento, las fortificaciones que se levantaban en las lagunas de Venecia, eran cosas que no daban lugar al menor género de duda. Negábase sin embargo el Austria con una falsedad de que hay pocos ejemplos en la historia, y sólo confesaba que se tomaban algunas precauciones en los Estados Venecianos, motivadas por la concentración de tropas francesas que se verificaba en Italia. Por lo que hace al cambio de cruces que de ella se había solicitado, siempre lo rehusó bajo diversos pretextos.

Tal era el conjunto de circunstancias sobre el cual había de tomar Napoleón su partido en los pocos días que iba á pasar en Fontainebleau y en Saint-Cloud antes de pasar á Boloña. No tenía más arbitrio que decidirse por la invasión ó por una marcha rápida y decidida hacia las potencias continentales. El 11 de julio, día de su llegada á Fontainebleau, hallábase ya en este punto el archicanciller Cambaceres, y empezó á tratar con él de los grandes negocios del momento. Mostrábase aterrado este grave personaje del estado del continente y de los síntomas palpables de una guerra cercana, y consideraba con razón las reuniones de fuerzas verificadas en Italia como causa segura de un rompimiento. En semejante situación, no podía él comprender cómo Napoleón dejaba á la Italia y á la Francia expuestas á los ataques de la coalición para caer sobre la Inglaterra. A Napoleón, que estaba lleno de confianza y apasionado de su vasto plan marítimo, cuyo secreto no había confiado por completo ni siquiera al mismo archicanciller, no le arredraba ninguna de estas objeciones. En su opinión, las tomas de posesión de Génova y de Luca no le atañían en manera alguna á la Rusia, por cuanto la Italia no tenía obligación de someterse á su influencia. Aquella corte debía holgarse mucho de que él no la pidiese cuenta de lo que estaba haciendo en la Georgia, en la Persia y en la misma Turquía. Hábase dejado comprometer por la política inglesa, hallábase con ella en estado visible de coalición, y Mr. de Nowosiltzoff era un mero comisionado inglés que habían resuelto enviarle, pero que sólo hubiera recibido como á tal. Evidentemente eran estrechos los vínculos entre Rusia é Inglaterra; pero estas dos potencias nada podían hacer sin el Austria, sin los ejércitos y el territorio de esta nación; y el Austria, siempre temerosa de la Francia hasta el exceso, titubearía aún algún tiempo antes que acabaran de decidirla. De todas maneras, no era posible que estuviese dispuesta á tiempo para impedir la expedición á Inglaterra. Para realizarla bastaban unos cuantos días; una vez atravesada la mar, todas las coaliciones quedarían destruídas de un solo golpe; y el brazo del Austria, en la actualidad levantado contra la Francia, caería al punto desfallecido. — Confíen ustedes

en mí, dijo Napoleón al archicanciller Cambaceres, confíen ustedes en mi actividad; yo dejaré atónito al mundo con la extraordinaria eficacia y la rapidez de mis golpes!

En seguida dictó algunas órdenes para la Italia y la frontera del Rhin. Mandó á Eugenio, que había quedado en Milán, y al mariscal Jourdan, su guía militar, que empezasen á abastecer las plazas, á reunir la artillería de campaña, á comprar caballos de tiro y á formar parques. Hizo aproximarse al Adige las tropas que volvían de los simulacros de Marengo y Castiglione. Tenía dispuesta hacia algún tiempo en las cercanías de Pescara una división de reserva, con objeto de apoyar al general Saint-Cyr, caso de necesitarlo. Prescribió á este general que estuviese siempre bien informado de todo, y que á la menor tentativa que supiese hacían los rusos ó los ingleses hacia un punto cualquiera de las Calabrias, se encaminase desde Tarento al mismo Nápoles, precipitase al mar aquella corte, y se apoderase del reino.

Encaminó hacia el Rhin la caballería pesada, que no debía embarcarse para Inglaterra, y dirigió al mismo punto los regimientos que no habían de entrar en la expedición. Mandó principalmente que la formación de la artillería de campaña empezase en Metz, en Strasburgo y en Maguncia.

Comunicó después á Mr. de Talleyrand sus últimas instrucciones relativamente á los asuntos diplomáticos. A cada nueva noticia que se adquiriese sobre los armamentos del Austria, había que dar parte á esta corte, convencerla de su mala fe, y aterrarla con el cuadro de las consecuencias de su conducta. Entonces ya debía sucumbir, y no se le volvería á dar cuartel si llegaba á interrumpir la expedición de Inglaterra. Por lo tocante á la Prusia, de mucho tiempo atrás estaban abiertas con ella las negociaciones sobre el Hannover. Debía aprovecharse la ocasión para sondear su ánimo acerca de esta preciosa adquisición, para estimular su reconocida ambición, y si llegaba á prenderse en este anzuelo, ofrecerle inmediatamente, con la condición de una alianza con la Francia, inmediatamente concluída, y públicamente proclamada. Con semejante alianza, Napoleón estaba seguro de hacer temblar al Austria de espanto, y de reducirla á la inmovilidad por largos años. De todas maneras, tenía la convicción de que entre Boloña y Douvres iba á hacer adelantar los negocios mucho más de lo que pudieran hacer los más entendidos y afortunados negociadores.

Urgía el tiempo: todo estaba dispuesto en las costas del Océano, y el almirante Villeneuve podía presentarse de un momento á otro á vista del Ferrol y de Brest, y en la Mancha. El almirante Missiessy había vuelto á Rochefort después de recorrer las Antillas, de arrebatar la Dominica á los ingleses, de dejar en la Guadalupe y en la Martinica tropas, armas y municiones, de hacer numerosas presas, y de tremolar el pabellón francés en el Océano sin sufrir descalabro ninguno. No obstante, había regresado demasiado pronto, y, como mostrase cierta repugnancia á volver á la mar, puso Napoleón en su lugar al capitán Lallemand, oficial excelente, á quien obligó á partir antes que las naves hubiesen podido repararse para salir al encuentro de Villeneuve en las cercanías del Ferrol. Todo así dispuesto, se trasladó

Napoleón á Boloña, dejando á Cambaceres y á Talleyrand en París, llevándose consigo al mariscal Berthier, y dando orden al almirante Decrés de juntarse con él sin la menor tardanza. Llegó á Boloña el 3 de agosto, entre las jubilosas aclamaciones del ejército que empezaba á cansarse de repetir todos los días los mismos ejercicios por espacio de dos años y medio, y que creía de una manera positiva que Napoleón iba ahora á ponerse á su frente para pasar definitivamente á Inglaterra.

Al siguiente día de su llegada, mandó que toda la infantería se reuniese en la playa durante la baja mar. Ocupaba una extensión de más de tres leguas, y presentaba una masa enorme de cien mil infantes formados en una sola línea. En todo el tiempo de su mando no había visto espectáculo más hermoso, y al volver por la noche á su cuartel general escribió al almirante Decrés estas palabras significativas: *No saben los ingleses lo que se les prepara. Si somos dueños de la travesía por doce horas solamente, la Inglaterra ha sido (1).*

Reunió en los cuatro puertos de Ambletusa, Wimeux, Boloña y Etaples, es decir, á la izquierda del cabo Grisnez y al viento de Boloña, todos los cuerpos destinados á embarcarse en la escuadrilla. Cumplíasele por fin el deseo que hacía dos años experimentaba, merced á la diligencia con que las fuerzas se habían reunido, y merced también á un brillante combate sostenido por la escuadrilla báltava bajo las órdenes del almirante Verhuell para doblar el cabo Grisnez á vista de toda la escuadra inglesa. Este combate, trabado el 18 de julio (29 mesidor), algunos días antes de la llegada de Napoleón, era el más considerable que había sostenido la escuadrilla contra los ingleses. Habíanse encontrado en el cabo Grisnez varias divisiones de chalupas cañoneras holandesas con cuarenta y cinco velas inglesas entre navíos, fragatas, corbetas y bergantines, y las habían acometido con serenidad imperturbable y éxito completo. Cualquiera encuentro en el Cabo era peligroso, porque siendo grande la profundidad del agua en aquel punto, las naves inglesas podían, sin temor de zozobrar, estrechar de cerca á nuestras frágiles naves. A pesar de tener el enemigo esta ventaja, las cañoneras holandesas se sostuvieron contra sus poderosos adversarios. La artillería que guardaba la playa acudió para apoyarlas, la escuadrilla de Boloña salió para protegerlas, y el almirante Verhuell, teniendo á su lado al mariscal Davout, pasó bajo una granizada de proyectiles á medio tiro de cañón de la escuadra inglesa sin perder un solo buque. Este combate dió entre el ejército mucha gloria al almirante Verhuell, que gozaba ya de grande estimación, é infundió poderoso aliento y confianza en los ciento sesenta mil hombres, soldados y marineros, dispuestos á atravesar el canal de la Mancha en la escuadrilla báltava y francesa. Tenía ahora Napoleón todo su ejército reunido bajo su inmediato mando. En dos horas podían estar embarcados hombres y caballos, y en dos mareas, es decir, en el espacio de veinticuatro horas podían hallarse transportados á Douvres. Por lo tocante al material, ya hacía tiempo que estaba á bordo de las naves.

Reunido el ejército, y sucesivamente engrosado en

(1) Carta á Mr. Decrés del 16 termidor del año XIII, 4 de agosto de 1805; depósito de la secretaría de Estado. (N. del A.)